

# parís

En el libro *Las 19 Europas*, de Raymond Cartier, hace su autor unos comentarios sobre la ciudad de París sumamente interesantes, y aun cuando los datos estadísticos que en el libro se publican no concuerdan totalmente con los obtenidos por el autor del trabajo anterior, nos ha parecido oportuno acompañar aquí estas opiniones del reputado escritor sobre la gran capital francesa. Haciendo constar nuestro agradecimiento a Ediciones Rialp, S. A., editora de *Las 19 Europas* en castellano, que nos ha autorizado a esta reproducción.



París tiene tantos habitantes como las 33 ciudades, de Marsella a Caen, que le siguen en importancia. Por París entiendo, evidentemente, el París real, la conurbación parisina, y no el París arbitrario contenido en la línea ovoide de sus antiguas fortificaciones. Este París restringido, cuenta, no obstante, por sí solo tres millones de habitantes. Otros dos millones de habitantes se reparten por 55 ayuntamientos, que se sueldan sin solución de continuidad a los parisinos propiamente dichos. De dos a tres millones residen en 200 ayuntamientos suburbanos, los más alejados de los cuales se encuentran en un radio de unos 40 kilómetros alrededor de las torres de Notre-Dame. Administrativamente, la "región parisina" cubre los departamentos del Sena, Seine-et-Oise, Seine-et-Marne y más de seis cantones del departamento del Oise.

Un poco más pequeño que Londres en sentido estricto, París es mucho mayor que Londres en sentido relativo. Este último sólo suma la población de las 16 primeras ciudades del Reino Unido, en lugar de las 33 que suma París. Reúne a la misma proporción de británicos que París de franceses, el 18 por 100 aproximadamente, pero esta proporción se aplica a una población mucho más urbanizada, de tal suerte que Londres eclipsa los hogares de vida regional con más o menos vigor. París sin duda alguna es un monstruo. En un tiempo en que declinaba la vida francesa se alimentó de la sangre empobrecida de la nación. Su fortuna procede precisamente de esa decadencia, que permitía que solo París brillara en Francia. Podríamos coger una a una todas las ciudades francesas, incluso los poblados más minúsculos de las montañas más lejanas: no encontraríamos una sola cuyos hombres no hayan sido absorbidos y pre-

cisamente en esa sangría, y los mejores de entre ellos.

Aquí están las cifras. En 1831 Francia contaba con 33 millones de habitantes, y la región parisina con 1.767.000. Proporción, 5,3 por 100. En 1960 Francia tiene 45 millones de habitantes, y la región parisina ocho millones. Proporción: 17,8 por 100. Luego la región parisina ha crecido más del cuádruple, mientras que Francia no ha crecido ni siquiera el 50 por 100. Dicho de otro modo: la región parisina ha crecido ocho veces más aprisa que la nación de la que forma parte. La desproporción sería tolerable si esta hipertrofia del centro tuviera como razón demográfica que la gran ciudad se ve obligada a absorber, como Calcuta o Cantón, que asimilan los excedentes humanos de Bengala o de Kuantung. Pero no es este el caso. París crece, sube en detrimento de la sustancia de Francia.

Cualquiera que se aleje de París, salvo en dirección Norte, ve cómo se desarrolla ante sus ojos un país cada vez más vacío, de ciudades que se van haciendo escasas y más escasas. Cualquiera que se acerca a París ve, por el contrario, cómo se va condensando la vida y cómo se aglutina con frecuencia con una fealdad y un desorden horribles. En estas regiones centrales o periféricas, Francia cuenta con las densidades humanas más débiles de Europa, pero cuenta con las mayores en sus cobijas parisinas. No sólo los números se juzgan, sino lo que en otros tiempos se llamaban las luces. El 41 por 100 de los estudiantes, el 61 por 100 de los artistas, el 66 por 100 de los hombres de letras, una proporción abrumadora de médicos, de grandes ingenieros, todos los grandes hombres de negocios viven en París. Casi



todas las grandes escuelas están en París, incluso la principal escuela de agricultura y la principal de minas. El ascenso de los funcionarios quiere decir París, como lo quiere decir el éxito de los artistas o la importancia de las sociedades. Todas las grandes ciudades son devoradoras; todas las capitales acaparan; pero ninguna lo hace en el grado que París.

Nada más chocante para la inteligencia que la embriagada historia que comienza en 1789, con los regímenes a discreción de una mala digestión de la canalla parisense; como la Monarquía, pues una turba dirigida por guardias truhanes y desertores toma la Bastilla; como la Convención nacional humillada hasta las heces por la Comuna de París; como el bondadoso Luis Felipe derrocado por un tumulto caprichoso, como el Segundo Imperio derribado por una insurrección ante el enemigo. Es en verdad prodigioso que Francia, la provinciana y la rural, se haya dejado imponer durante tantos años una ley parisienne dictada por los peores parisienses. La provincia abdicó ante París. Y éste se cebó en su victoria como un pachá.

Se construyeron los ferrocarriles. El primer plan de conjunto, en 1832, propuso una red "en forma de estrella" que irradiaba alrededor de París, idea rectora que fué seguida con despiada tenacidad. Las líneas que terminaban en París se beneficiaban de todos los progresos técnicos, mientras que las líneas privadas del honor de aflorar a la sublime capital estaban condenadas a la lentitud y a la incomodidad. El meticuloso Gravier ha calculado que en 1939 se ganaba una hora de tren yendo de Lyon a Burdeos pasando por París, 1.093 kilómetros, en lugar de seguir el itinerario directo, 639 kilómetros sólo. La consecuencia más grave fué atraer a París una industria que no estaba en su sitio. La ciudad se había convertido ya en el centro artístico, literario, administrativo, político y rebelde de Francia. Además, se hizo su mayor lar industrial. Nadie se levantó para decir que lo que está bien está bien, ni siquiera cuando París dió lugar a la abominable insurrección de la Comuna, segunda traición ante el enemigo en un solo año. Francia, durante toda la III República, fué gobernada por provincianos: ellos se ocuparon de todo, salvo del apetito pantagruélico de una capital que devoraba sus cir-

cunscriptiones. Nueva prueba de la estupidez en la que la nación francesa se dejó prender.

El 35 por 100 de la construcción mecánica, el 44 por 100 de la industria química, el 51 por 100 de la industria automovilística, el 53 por 100 de la construcción eléctrica, el 58 por 100 de la industria aeronáutica, el 77 por 100 de la óptica están domiciliadas en París. El 64 por 100 de las sociedades privadas tienen en ella su sede social, el 51 por 100 del personal de banca y el 71 por 100 de las compañías de seguros trabajan en París. El 41 por 100 de todas las rentas nacionales es registrado en París, es decir, sobre el 2,2 por 100 del territorio, por el 17,8 por 100 de la población. Francia no tiene enfermedad más incómoda ni más grave que esta apoplejía parisienne: no se trata de que esté mal preparada por sus tradiciones para comprender y tratar tal enfermedad.

La primera víctima es el mismo París. O de una forma más concreta, los parisienses. París es como el vino: una maravilla que se ha convertido en verdadero mal por su exceso, pero defendido por un lirismo sombrío. La belleza de los grandes barrios, el encanto de cierto número de calles, el valor civilizador de París no son puestos en tela de juicio, y hasta resulta indigno invocarlos en defensa de las monstruosidades, cuyo peso soportan los humildes y no los estetas. Una ciudad no está hecha para ser un conservatorio de historia, sino para proporcionar a los vivos que la habitan un medio propicio para la felicidad. Hace mucho tiempo que París ha dejado de cumplir con esta misión, salvo para aquellos, numerosos por otra parte, que pueden pagar su tributo individual por todas las negligencias y por todas las traiciones del pasado.

La vetustez de la habitación es terrible. París cesó de renovarse en 1914, cuando las leyes que hacían retroceder los límites de la estupidez destruyeron el alquiler y expulsaron a los capitales privados dedicados a la construcción. Desde 1926 a 1946 se construyeron en grueso 80.000 viviendas, es decir, escasamente la quinta parte del número estrictamente necesario para mantener el patrimonio inmobiliario de París. En el mismo lapso, 83.000 viviendas fueron convertidas en oficinas. París se iba transformando a ritmo creciente en una ciudad de negocios, pero sin pensar en poseer el primer instrumento indispensa-





ble para tal función, es decir, inmuebles especializados. Por tanto, se alojó a los presidentes de las sociedades y a sus escribas expulsando a particulares de sus habitaciones, royendo aún más un *habitat* que ya lo estaba por la lentitud del ritmo de la construcción en proporción con la marcha del envejecimiento del inmueble. El Estado cernícalo dejó hacer, o más bien colaboró con todas sus fuerzas en esta imbecilidad, instalándose en los salones y en las cocinas para poner en su lugar tresillos de cuero.

La duración normal de un inmueble es de cien años. De 69.150 habitaciones de París, 23.944 datan de 1871. La mayor parte de ellas están, pues, fuera de uso, y muchas están afectadas de lepra definitiva. Varias decenas se hunden cada año y millares sólo permanecen en pie por la fuerza de la costumbre. Se ha dicho: "París está más destruido que Berlín." Sería necesario reconstruir 15.000 hectáreas sobre las cuales viven, cifra espantosa, cerca de un millón de personas. La única diferencia entre la demagogia y el bombardeo es que el segundo es mucho más expeditivo.

Y en el último escalón de esta escala de miseria, los islotes insalubres. Fueron descubiertos a principios del último siglo y fueron objeto de la primera ley en 1850. Ciento diez años después son todavía 16, repartidos por 12 distritos de París, recubriendo una extensión de 285 hectáreas y ofreciendo madrigueras a 180.000 personas. Según el ritmo de las demoliciones de 1954, habrían sido necesarios dos siglos, el presidente del consejo municipal *dixit*, para hacerlos desaparecer. Durante estos dos siglos todo el resto de París hubiera devenido insalubre a su vez, de tal manera que se siente la tentación de resignarse y de pensar en otra cosa. Desde entonces, el movimiento se ha acelerado un poco. Quizá ya sólo baste un siglo. A esto añadamos que las defunciones por tuberculosis, que eran el gran criterio de insalubridad, han disminuído considerablemente gracias a las inyecciones masivas de estreptomicina. Sólo quedan los muros verdosos, los olores fétidos, las ratas, el amontonamiento humano, la inmoralidad y la criminalidad.

En estos islotes insalubres el porcentaje de inmuebles sin agua corriente se eleva al 54 por 100 (isla número 2), y la proporción de viviendas provistas de una bañera o de una ducha baja al 2 por 100 (is-

lotes núms. 7 y 10). Pero sería equivocado creer que los islotes salubres se caracterizan por un exceso de comodidades. El 23 por 100 de los departamentos de París no tienen agua corriente, el 51 por 100 están sin retretes y el 83 por 100 sin cuarto de baño. Es verdaderamente trágico sacar a relucir las llagas de una ciudad noble, pero existen y son horribles y constituyen una requisitoria contra los miserables que han gobernado Francia desde hace cien años.

No basta con abatir las casas vetustas y sustituirlas por otras nuevas. Es necesario que París pierda su vieja piel. Ninguna ciudad tiene una existencia más comprimida. La densidad media por hectárea es de 90 habitantes para Copenhague, lo que ya está bien; de 140 en Viena, lo que es tolerable; de 191 en Londres, lo cual ya es demasiado. Pero la densidad de París es de 270, lo que no puede ser calificado de modo alguno. Si de la superficie interior de París se deduce el bosque de Vincennes y el de Boulogne, la densidad asciende a 340, y esta cifra es especialísima, como muchas otras medias que se citan. En los barrios pobres la población supera los 1.000 habitantes por hectárea, lo cual supone que cada persona dispone de 10 metros cuadrados, en los cuales debe meter no sólo su habitación, sino también su parte correspondiente de calles, de carreteras, de tiendas, de comisarías de Policía y de hospitales. Es totalmente una impostura afirmar que París causa a sus visitantes la impresión de parque. Los Champs-Elysees, la avenida Foch, los jardines privados del distrito VII, sí, ciertamente, dan la impresión de parque, pero hay barrios enteros que desconocen e ignoran las zonas verdes. En su conjunto, la ciudad es una de las que tienen peor distribuidas las zonas verdes y los espacios libres de todo el mundo. París es el punto inverso a Nueva York: Manhattan da la impresión de un asfixiadero de piedra, pero Nueva York es un bosque, con tantos árboles como hombres, si contamos los barrios residenciales. Entre la habitación del pobre y la del rico, París alimenta diferencias que hacen que sea la capital más antidemocrática del mundo. La verdad es no ha servido de nada que Francia haya contado siempre con parlamentos y gobiernos cuyo radicalismo político-social estremecía al mundo.



Según los servicios oficiales, cada individuo necesita un mínimo de 42 metros cuadrados de espacio en el suelo, de los cuales 12 corresponden a los servicios y necesidades urbanas en general. Según la base que nos ofrece esta modesta norma, París, el París interior, contiene un millón de habitantes de más. Y puesto que la población es la misma en las partes contiguas a la aglomeración, no resulta exagerado afirmar que son dos millones las personas cuya residencia, y a ser posible la actividad profesional, debían ser rechazadas desde el centro hacia la periferia.

La principal razón que se opuso a que la población de París se repartiera de una forma más armoniosa fué la condición de los ex alrededores.

Los islotes insalubres parisienes, del París histórico, son superados por las villa-latas del París nuevo. La historia de los alrededores parisienes es uno de los capítulos más sombríos de la historia reciente de Francia, uno de esos que sólo pueden terminar dando lugar a despiadadas acusaciones.

Esos alrededores desflecados, vulgares y tristes, no son de ayer. Antes de 1914 contaban con más habitantes que el mismo París y, a pesar de ello, nada se hizo para ordenarlos, para embellecerlos, para enlazarlos con la ciudad en función de la cual se desarrollaban. Se construyó un Metro, y con toda prudencia los rieles se detuvieron ante las puertas fortificadas, con el fin, casi evidente, de quitarle al enemigo la oportunidad de utilizarlos para la conquista de la ciudad. Y se dejó que los alrededores fueran un mosaico de ayuntamientos divididos y particularistas, además de impotentes. En el lapso de entre guerras, se destruyeron inmensos espacios libres, para convertirlos en parcelas distribuidas al azar, muchas de las cuales se convirtieron en barrizales y sirvieron de fermentos de cultura revolucionaria para los "mal beneficiados" vengativos. Prescindiendo de Neuilly, poblado cercano al París noble, los pueblos de las cercanías fueron casi siempre la residencia obligada de los más pobres, de los menos dotados, de los proletarios, de los asalariados extranjeros. En las grandes aglomeraciones americanas la riqueza habita en los alrededores, hasta el punto de que en las formaciones ferroviarias que la unen con el núcleo de la ciudad se incluyen vagones-clubs para que los magnates industriales de Chicago y los jugadores de bol-

sa de Wall Street hagan el viaje de ida y vuelta en sillones *pullman*. Nada semejante en París. Los organizadores de la III República pensaron que el cinturón suburbano sería reaccionario, de tal manera que le concedieron libertades municipales que le negaban al viejo París sospechoso. Este cálculo fué tan equivocado que las cercanías de París se han convertido en el cinturón rojo, dominado por municipios comunistas que las van soviétizando. El fracaso fué completo en todos los sentidos y en todos los terrenos.

Se considera que París es demasiado vasto para ser unificado, prueba indirecta de su carácter excesivo en relación con la nación.

Y, pese a todo, sigue creciendo. Tenía 7.426.000 habitantes en 1954, y en 1959 llegaba a los 7.976.000. En estas mismas fechas el París interior, el viejo París *intra-muros* de nuestros padres, pasaba de los 2.850.000 a más de 3.000.000. De lo cual se deduce que el crecimiento del núcleo central es de 150.000 habitantes en cinco años, y el del conjunto, de más de medio millón. Esta afluencia representa que cada año son necesarias 35.000 viviendas nuevas; es decir, la mitad del programa en curso de realización queda anulado por el crecimiento de París. Y al mismo tiempo éste es descorazonador para los esfuerzos que han sido hechos para detener la inflación de París y para disminuir su obesidad. Cerca de 300 fábricas, con un total de 70.000 obreros, han sido trasladadas a provincias. Se ha llevado a cabo una campaña psicológica para convencer a los obreros y los cuadros administrativos de que su lugar más idóneo se encuentra entre los campos verdes y cerca de los nevados, que en Puteaux. Se ha dictado una ley según la cual toda instalación industrial nueva queda subordinada a una autorización gubernamental para la región parisense. La construcción de establecimientos industriales se ha reducido a la mitad. Y a fin de cuentas cada año París se traga 100.000 habitantes nuevos; ¡hay que devorar la materia humana de una gran ciudad, que más bien es un cáncer!

El reciente crecimiento de París es el efecto último de una suma de causas que se van eliminando. Según Gravier, la primera de estas causas es el hecho de que Francia todavía no ha alcanzado el nivel eco-



nómico propio de un país plenamente desarrollado. Londres decrece; Nueva York decrece; las principales concentraciones humanas de las naciones más altamente tecnológicas tienen tendencia al decrecimiento, como consecuencia de la repartición nueva de la industria en la edad neotécnica. París está un poco retrasado, eso es todo. Pero está alcanzando el techo de su crecimiento no tanto porque lo quieran los hombres, sino porque los hechos lo exigen.

El problema de la renovación de París no es afectado sustancialmente por el hecho de que crezca o que decrezca. El actual programa prevé la creación de grandes conjuntos periféricos, ciudades satélites de 10.000 a 40.000 habitantes, a una distancia del centro entre los 20 y los 40 kilómetros, que proporcionen al mismo tiempo la vivienda y el empleo, aproximando la casa a la fábrica. La analogía de este plan con las Nueva Towns es evidente, aunque los autores del proyecto no gusten mucho de esta referencia para con una empresa que hasta ahora sólo ha sido un éxito a medias. Varios grandes complejos, Massy-Antony, Sarrelles, Clichy-sous-Bois, Mantes, etc., están en vías de construcción. Uno de los síntomas más impresionantes del cambio francés es la aparición alrededor de París de una gran muchedumbre de canteras. La misma prisa en construir, sucesora de una mortal inercia, existe en otras partes por toda Francia. Desde 1958 se están construyendo más casas que en Inglaterra, muy pocas menos que en Alemania, pero no tantas como serían necesarias para recuperar tan inexcusable retraso.

La suerte del centro está vinculada a la de la periferia. Lo que sería necesario hacer es muy sencillo de decir: preservar escrupulosamente el París histórico, poco extendido por suerte, desde la Etoile a la Bastilla y de Montmartre al Observatoire; conservar provisionalmente los barrios residenciales del Oeste, y arrasar todo lo demás. "Es—como dice el urbanista Pierre Sonrel, discípulo de Le Corbusier—inutilizable." Así lo vió el anciano maestro suizo en 1922, en unos esquemas que se consideraron demenciales. Sobre este precioso terreno, desembarazado de su suciedad, de sus islotes insalubres, de sus casas malolientes, de sus mercados centrales inmundos, Le Corbusier construía inmuebles verticales enlazados por jardincillos.

Utilizaba la quinta o la sexta parte de la superficie actualmente construida, pero compensaba parcialmente la pérdida de superficie por la altura y dedicaba el beneficio a parques y jardines, a grandes avenidas de comunicación y aceras para peatones. "Es necesario—decía—suprimir los alrededores y meter la naturaleza en el interior de las ciudades." Hoy, en el viejo claustro en donde elabora paradójicamente sus extremosidades del porvenir, se queja tan filosóficamente como le permite su naturaleza belicosa. "Siempre viví en Francia; siempre amé y quise servir a Francia, y sólo he podido construir una casa en Marsella, que han llamado la casa del loco..." Le Corbusier llegó demasiado pronto a un país que momentáneamente había dejado de comprender tanto las ciudades como la guerra o la industria.

En el París de las fortificaciones de Thiers están registrados 1.200.000 coches; éstos suponen una superficie igual a la de todas las calles de París y una longitud tres veces mayor. El Sena atraviesa París, pero la ciudad es el mayor afluente de su propio río, ya que en el verano el tercio de las aguas descendentes son residuos. Semejante ciudad está notoriamente enferma de congestión y amenazada de parálisis. Todas las previsiones basadas en la prolongación de las evoluciones actuales terminan siempre en imposibilidades. Es necesario que París cambie de piel. Camina hacia el Oeste, por su propio impulso, desde hace siglos, ya que sus núcleos urbanos sucesivos han sido la Isla de la Ciudad, el Louvre, la plaza Royal, el Palais Royal, el bulevar de los Italianos, la Ópera, la Madeleine, los Champs-Elysées. La orientación hacia el Occidente está ahora más acusada que nunca. El eje de París se prolonga según la línea que une el Arco del Triunfo en la Etoile, con el bosque de Saint-Germain, bosque de Boulogne del siglo XIX. Ningún espacio de Europa es más propicio para el renacimiento y el desarrollo de una gran ciudad. El fiel Sena, compañero del destino de la ilustre ciudad, sigue haciéndolo como desde hace dos mil años. Los encantadores cotos de Saint-Germain, Marly, Louveciennes, La Celle de Saint-Cloud, Versalles son el barrio residencial más perfecto que se pueda concebir. La gran llanura del Norte, con sus espacios industriales, y, muy cerca, el bajo Sena, calle fabril y puerto de mar. Aquí está el París del porvenir.